

NARRACIÓN Y SOCIOLOGÍA¹. LITERATURA, SENTIDO COMÚN, ESCRITURA SOCIOLÓGICA

Mariano Longo

Università degli Studi di Lecce
mlongo@economia.unile.it

Resumen.- El presente trabajo reflexiona respecto a los límites entre sociología, narración sociológica y literatura, argumentando con autores clásicos, y conceptualizaciones, así como haciendo referencia a las diferentes corrientes teóricas y metodológicas, que hacen uso de la descripción o narración en sus análisis y del tipo de narración que aplican.

I Hipótesis

De qué material está hecha la sociedad. ¿Porqué se muestra un objeto de estudio tan particular, omnipresente y a la vez evanescente, entre nosotros, incluso también en nosotros, (como señaló Durkheim y muchos de los sociólogos del pasado y el presente), sin embargo tan difícil de definir?. Se trata de preguntas banales y a la vez complejas. La banalidad depende del hecho de que a nosotros, nos parece posible, intuitivamente definir el concepto de sociedad, en tanto que utilizamos habitualmente el término, por ejemplo en el lenguaje cotidiano, periodístico, político. La complejidad deriva de que no existe acuerdo, incluso entre especialistas, sobre su definición. El debate sociológico sobre la relación entre individuo y sociedad, proceso y estructura, micro y macro, y el consiguiente surgimiento de tradiciones teóricas diferentes, deriva principalmente de la dificultad de definir adecuadamente el objeto. El problema ontológico, ha sido frecuentemente advertido por los sociólogos como signo de la imperfección científica de la disciplina. Escarmentados por la crítica realizada por Kuhn, que subrayó la ausencia en las ciencias sociales en general y en la sociología en particular de un paradigma unitario, los sociólogos han señalado como *deminutio*, la preparadigmaticidad de su saber (Corbetta, 1999, pp. 17-20).²

Como respuesta a estas críticas, se han afianzado dos líneas de trabajo en la disciplina, ya presentes en diferentes posiciones de la sociología francesa (Durkheim) y alemana (Simmel, Weber) entre los siglos XIX y el XX: de un lado, se ha intentado individualizar métodos y técnicas científicamente rigurosas, capaces de extraer de los hechos datos empíricos válidos y fiables a la vez; de otro lado, se ha subrayado la sustancial inconmensurabilidad de la realidad social, con cualquier otro objeto de estudio, y por tanto se ha reivindicado la fuerte especificidad metodológica de la disciplina (Statera, 1997, pp. 228-229). En comparación con la coherencia (al menos aparente), de los ámbitos de estudio de otras disciplinas, el debate sociológico ha intentado tanto a nivel teórico, como metodológico, proponer formas de aproximación unitarias, para hacer converger la complejidad de lo social, su capacidad de tratar la totalidad, desde el dato más pequeño de las micro relaciones (por ejemplo la indiferencia social entre extraños, de la cual habla Goffman), a la infinita interdependencia, típica de la sociedad globalizada. Basta citar autores como Giddens (1990), Collins (1992), Habermas (1986), basta repensar en una forma ni polémica ni reconciliadora como sociólogos de la talla de Elias (1990) o de Luhmann (1990), para evidenciar, como la sociología contemporánea se funda sobre todo a nivel teórico, en el esfuerzo si no de construir una ciencia unitaria, en producir al menos modelos integrados, mediante los cuales se diluyan las diferencias y rupturas entre diversas tradiciones teóricas y de investigación.

La dificultad de esta tarea, caracteriza la forma de aproximación de la sociología como disciplina e implica una concepción, en gran parte ya adquirida dentro de las ciencias sociales, y de la sociología en particular: el objeto sociedad puede ser difícilmente reducido a una única dimensión. Se trata de un objeto multidimensional, definido por un término *passpartout* (sociedad, en sí), capaz de incluir lo micro de las relaciones, (el encuentro entre dos, el pacto), lo intermedio de las instituciones (por ejemplo una organización compleja), lo macro de ámbitos específicos y diferentes (los sistemas sociales); pero también lo macro diacrónico de procesos difíciles de definir y delimitar, sin embargo capaz de condicionar al tiempo la dimensión micro, medio y macro de la sociedad (pensemos por ejemplo en el cambio de la

estructura social, al cambio cultural, en los fenómenos relacionados con la globalización, etcétera). Sería de otra parte simplista, reducir la interconexión de las dimensiones sociales a cuestiones puramente teóricas y metodológicas, en el sentido que los niveles macro, medio y micro, pueden en todo caso activar fuertes condicionamientos sobre los actores sociales: prescindiendo del problema teórico de la posición del actor social (en o fuera de la sociedad) es innegable que el sujeto experimenta en su biografía el poder de las uniones, de los vínculos y de los procesos sociales. La sociedad se presenta a la experiencia subjetiva con caracteres a menudo coercitivos, en el sentido de que es capaz de influir sobre nuestras acciones y nuestros pensamientos, definiendo posibles recorridos biográficos, condicionando nuestros comportamientos, probablemente también nuestro modo de sentir y probar emociones, indudablemente las interacciones entre individuos y macroestructuras. Y eso es quizás evidente en la sociedad contemporánea aún más que en otras: los procesos sociales actuales (globalización, flexibilización, disolución de la modernidad), evidencian la capacidad de la sociedad de condicionar no sólo las opciones del sujeto, sino que también las de la comunidad, determinando recorridos biográficos individuales y colectivos, delimitando así las posibilidades de autorrealización (Baumann 2001; Sennet, 2001).

La señal de la complejidad de la sociedad, como objeto de estudio, justifica desde mi punto de vista la multiplicidad de las formas de aproximación que los sociólogos han utilizado para analizar la realidad social. La complejidad multiforme de lo social legitima el uso de una pluralidad de métodos y técnicas de que el sociólogo se dota, en su momento, para explicar y comprender aspectos específicos de la realidad a indagar. Se trata de métodos y técnicas codificadas, pero que tienen un carácter de precariedad, en el sentido que deben ser calibrados y modulados en relación al problema objeto de análisis específico. El conocimiento empírico se estructura por fragmentos, por selecciones parciales de la realidad social utilizadas según el objeto de análisis, dotándoles de aproximaciones significativas al objeto (ya sea micro, medio o macro), sin perturbar sin embargo, su complejidad. Y eso prescindiendo del hecho de que el investigador haga empleo de sofisticadas técnicas de tipo estadístico-cuantitativo, quizá con el objeto de validar hipótesis en referencia a específicas formas de aproximación teórica, o bien se proponga describir la realidad utilizando técnicas más flexibles y adecuadas para analizar cualitativamente contextos sociales específicos.

Que el saber sociológico sea provisional e inestable no es ni un defecto ni un límite de la sociología como ciencia. Kuhn y Popper, por sólo citar dos nombres entre los más conocidos, han puesto en evidencia la precariedad del saber científico, que se basa primero en su coherencia con respecto a un paradigma, (sin embargo siempre modificable), y segundo en la constante posibilidad de su falsificación. Verdadero/Falso es el código binario sobre el que se construye, según Luhmann, el sistema social de la ciencia, cuyo binomio tiene sentido solo si se presupone que la verdad sea provisional, unida al contexto y a los conocimientos actuales y pueda pues, siempre y en todo caso, demostrarse la falsedad de lo verdadero. Siempre según Luhmann, la ciencia es el ámbito de la sociedad en que se ha institucionalizado la disponibilidad constante al aprendizaje, en cuanto que las expectativas que se estructuran en su interior son expectativas cognitivas, es decir provisionales, siempre sujetas a revisión (Luhmann 1992).

La conciencia de la inestabilidad de la veracidad parece haber trastornado la convicción absoluta, típica del positivismo, en la capacidad del saber científico para reflejar objetivamente la realidad. Igualmente, se puede aplicar a las *Hard Sciences*, aquellas disciplinas a las que la sociología en sus principios se volvió confiada, al objetivo de adquirir metodologías ciertas y atendibles para conocer la sociedad, localizar las causas de los fenómenos, prever de ello los desarrollos futuros, proponer recetas adecuadas para la resolución de los problemas sociales. La caída del mito positivista de la objetividad de la ciencia, si de un lado ha hecho menos dramática (quizás hasta irrelevante), la clásica distinción entre *Naturwissenschaften* y *Geistwissenschaften*, ha representado un estímulo en la sociología en la reflexión sobre la especificidad del propio saber, también en relación a cuestiones epistemológicas más generales, que surgen dentro de otros ámbitos disciplinares. La crisis del primer positivismo y la consiguiente convicción de que la ciencia sea capaz de reflejar las características esenciales de la realidad, además de la sospecha que emerge de dicha crisis, según la cual el saber siempre es parcial, limitado, sujeto a las relevancias del observador y según el punto de vista

de la observación, le permiten al sociólogo adquirir como recurso la precariedad del propio saber y la riqueza de la multidimensionalidad de lo social (Corbetta:1999, pp. 27-32).

Frente a la pluralidad de la definición de lo social, ¿Hasta qué punto es plausible profesar una unidad metodológica? ¿O no es preferible adoptar una multiplicidad de métodos y técnicas que en alguna medida logren dar cuenta, en las individuales experiencias empíricas, de los aspectos específicos tomados en consideración? ¿Qué vuelve unitario el saber sociológico, más allá de las diferencias de métodos y aproximaciones, más allá de las diferencias de estilos a través de las cuales se observa lo social? Se trata de preguntas de gran relevancia a que no puedo sino hacer referencia, en un espacio sujeto a límites, como éste. Hay sin embargo un elemento que logra unir, más que otros, los diversos modos de indagar lo social: en gran parte, los métodos de investigación empírica se basan en la narración, en un sujeto que cuenta, que presenta aspectos de su biografía al investigador el cual puede, según los casos, aproximarse a la narración como una fuente de datos a generalizar, se piensa en la búsqueda de una muestra, o bien considerar la narración en sí como unidad, en la tentativa de localizar las uniones que conectan dimensión biográfica y dimensión social (es el caso, por ejemplo, de las historias de vida). La sociología presupone un *homo loquens*, un sujeto disponible a la narración de aspectos propios y de su experiencia biográfica personal. En el caso en que el sujeto es silenciado (se piensa en el estudio de documentos, la información de los medios de comunicación, la lectura de datos estadísticos, la investigación etnográfica, las cuales, más que sobre la narración, se basan en la observación), y es el sociólogo que se sustrae a la narración del actor social, une los fragmentos de realidad a su disposición, transforma su explicación causal en la interpretación posible de los datos. El sociólogo pues o cuenta narraciones de los hechos, conectándolos a la teoría mediante técnicas cada vez más sofisticadas de tipo cuantitativo o cualitativo, o bien recoge fragmentos de realidad que, según los casos, toman los movimientos de datos etnográficos, documentos, formas de comunicación, datos estadísticos. En referencia a esta multiplicidad de datos, la descripción del sociólogo encuentra coherencia en particulares estilos cognitivos, estilos que recurren al conocimiento disciplinar para manipular el dato en referencia a teorías, formulaciones, aspectos que precisan de las características de la sociología como ciencia. La coherencia además es reforzada por las formas específicas de la argumentación sociológica: de hecho, desde hace unos años se está desarrollando la idea de que la sociología también es un específico género de escritura, en cuyo interior la argumentación tiene la tarea de hacer coherente el discurso sociológico con respecto de convenciones de naturaleza no únicamente teóricas y metodológicas, sino también lingüística y cultural, aspectos que reforzando la impresión de objetividad de la narración, representan el presupuesto por la legitimación de lo que es argumentado (Dal Lago, 1994, p. 180 y ss.; Colón, 1998; Tota, 1998).

Este esfuerzo de dar sentido a lo fragmentario del dato no produce metanarraciones al Lyotard, que si acaso se presentan en sociología en la forma de las grandes teorizaciones, síntesis en la que el sociólogo trata de dar cuenta de manera selectiva de la multidimensionalidad de su objeto de estudio (pensemos en el clásico ejemplo de Parsons). Nos encontramos a menudo frente a narraciones de medio alcance, en las cuales el sociólogo está obligado a dar voz a los datos, según la modalidad que, a partir de éstos, se desarrollan dentro de una lógica en alguna medida impuesta por las referencias teóricas y la aproximación metodológica adoptada. En estas narraciones de "medio alcance" debe ser localizada la capacidad de la sociología de explicar/comprender fragmentos de realidad: una capacidad que se basa en presupuestos teóricos y metodológicos típicamente sociológicos, que muestran la especificidad del saber sociológico, diferenciándolo de otras formas de aproximación a lo real.

II Relaciones sociología y literatura

El interés por la sociología como género de escritura y por los estilos de argumentación sociológica, permite pensar la relación entre sociología y literatura, y sus formas de aproximación, como distintas formas de conocimiento de la realidad, no con el objetivo de subrayar los inconvenientes, sino con la intención de localizar similitudes y diferencias. La primera similitud concierne a la relevancia de la narración y del relato en el conocimiento sociológico, que se puede sintetizar en la imagen del sujeto como *homo loquens*. Si en efecto, el sociólogo cuenta con narraciones o vuelve a describir datos, proponiendo en ambos casos,

una narración de tipo específicamente sociológica, ¿realmente es posible diferenciar de manera limpia la sociología de la literatura?, ¿diferenciar al sociólogo del narrador? Cuando no ha activado la indiferencia respecto al hecho, el sociólogo tiene, según los casos, o se ha pensado a sí mismo capaz de observar más que el narrador, los caracteres objetivos de la realidad social, o bien ha invocado en la literatura una llave de lectura de aspectos de la realidad que los métodos sociológicos no pueden ignorar, ni tampoco dejar de indagar.

El problema es complejo y tiene en sí una multiplicidad de implicaciones, unidas en todo caso a la influencia que sociología y narrativa han ejercido la una respecto a la otra. Wolf Lepenies ha demostrado como la historia del pensamiento sociológico es, al menos en parte, la historia del proceso de diferenciación de la sociología y de la literatura (Lepenies:1987). A lo largo de todo el s. XIX y principios del siglo XX, saber sociológico y conocimiento literario se disputan la capacidad de proveer representaciones eficaces, realistas y orientadas éticamente, de la realidad contemporánea. La sociología se presenta con la agresividad de una disciplina capaz y se propone cómo el saber científico en grado no sólo de describir el mundo social, sino de explicar también las causas de los fenómenos, proponer diagnóstico sobre los problemas emergentes, prever desarrollos futuros. Bastará que la sociología ajuste el método de las ciencias físico naturales y, para los primeros sociólogos no hay duda, que será capaz de comprender los fenómenos en su esencia, localizar las leyes que guían a los sujetos y determinan los caracteres de las estructuras sociales. El conocimiento objetivo de la realidad social además será el fundamento para localizar soluciones a los problemas que surgen del proceso de modernización.³ La cientificidad (presunta o efectiva, poco importa), de la naciente sociología, legítima como disciplina, como instrumento eficaz para comprender de manera exhaustiva la realidad social: en relación a su capacidad de localizar de modo objetivo las causas de los fenómenos sociales, la sociología se muestra capaz de distinguirse claramente de otras formas más impresionistas de conocimiento de la realidad, de la literatura en particular. Lepenies reconstruye los encuentros y desencuentros entre la sociología en su origen y la tradición literaria, enseñando como, a pesar de que la proclamada distinción entre ciencia de la sociedad y representación literaria de lo social, en el s. XIX hubo importantes procesos osmóticos, de mutua influencia y de recíproca implicación. Y es así como se descubre en los escritores cualidades implícitamente sociológicas, mientras que los sociólogos, a menudo a causa de cuestiones personales (por ejemplo es el caso de Augusto Comte), rehabilitan la fuerza evocadora de la literatura después de haberla negado, su valor ético, su capacidad de servir de aglutinante social. En un período de exaltación generalizada por la ciencia y por el progreso, el novelista puede darse cuenta del valor explicativo de los conceptos sociológicos y proponerse representar en la novela la realidad tal como aparece, también en sus aspectos edificantes y más degradados. Puede asumir hasta la actitud objetiva del observador destacado, desaparecer de la narración para dar voz (de forma positivista), a los hechos. El naturalismo en Francia, en forma rígida el verismo italiano, la tradición de los *sociological novels* en Inglaterra, son igualmente ejemplos de este transvase (¿impropio?), de la actitud objetiva del científico en la narración.

Más allá de las influencias recíprocas, en la narrativa literaria y el conocimiento sociológico permanecen formas sustancialmente distintas de descripción de la realidad. Eso depende prioritariamente de la exigencia, advertida ya por los primeros sociólogos, de diferenciar el saber propio, especificando sus características. En los clásicos, el recorrido a lo largo del que se construye la identidad disciplinal se fundamenta bien en las analogías con las ciencias físico-naturales (Durkheim), bien en el intento de localizar formas específicamente sociológicas de conocimiento científico -por tanto no literarias- de la realidad social (Weber). Eso ha producido una forma de conocimiento de la realidad que, en cuanto no unitaria, ha localizado en todo caso procedimientos y modalidades propias de descripción de los fenómenos. También cuando la sociología observa y describe el detalle, lo hace en efecto no porque el detalle interese en sí, sino porque permite, recurriendo a la fuerza explicativa de los conceptos sociológicos, argumentar sobre las causas de los fenómenos sociales, localizar su función, describir formas y mecanismos de la interacción social. Si de narración sociológica se puede hablar, tiene sentido sólo hacerlo sabiendo que el relato sociológico es un relato funcional que el sociólogo ofrece a una rémora necesaria: la explicación /comprensión de la realidad.⁴ La realidad observada y descrita sirve en efecto para decir algo diferente respecto a la observación y a la descripción: sirve para localizar nexos causales, interpretaciones teóricamente fundadas, posibles generalizaciones de resultados empíricamente demostrados.

Y eso no sólo en el caso de los cuestionarios y de las búsquedas efectuadas utilizando metodologías cuantitativas, sino que también en el caso de investigaciones cualitativas, basadas en entrevistas en profundidad o en la observación de los actores en su propio entorno natural. En el segundo caso, si el sociólogo no se preocupa de la generalización de los resultados, se interroga en todo caso sobre su transmisibilidad, es decir sobre su potencialidad explicativa para analizar contextos análogos. Incluso narrando la realidad (pensemos en sociólogos de la talla de Goffman), el sociólogo lo hace para explicar/comprender el mundo (Sparti, 1995; Fornari, 2002): su narración lo es siempre, en función de ello. El interés sociológico por la realidad es mediatizado por la referencia a conceptos teóricos y/o a procedimientos de búsqueda que condicionan la observación, impidiendo al sociólogo leer el dato en su unicidad, sino más bien como un instrumento orquestado para llegar a generalizaciones sociológicamente eficaces.⁵

La finalidad de la narración literaria es al revés, el cuento mismo, en el sentido que sólo a posteriori es posible localizar sentido ético o enseñanza didascálica. Haciendo referencia a Lukács, se puede sustentar que las artes, y entre ellas la literatura, construyen un conocimiento basado en el detalle, donde las ciencias, y entre de ellas la sociología, contemplan la generalización, el paso inductivo del detalle a lo universal. Siguiendo a Lukács, la literatura se coloca a nivel intermedio entre el conocimiento fragmentado y disperso de las tipificaciones cotidianas y el cuadro sofisticado pero abstracto de la generalización científica: ella trasciende en efecto en el detalle insignificante de la vida cotidiana para proponer tipificaciones significativas, en las que conviven no sólo la unicidad de los personajes y su representación, no sólo metafórica de la realidad social, política, económica (Lukács: 1971)

La cientificidad del saber sociológico, el hecho de referirse a conceptos teóricos y a procedimientos metodológicos más o menos estandarizados, tiene como consecuencia necesaria, además de la relativa indiferencia por el detalle, formas específicas de argumentación, un estilo específico, una especificidad igualmente retórica, que hace evidente, tanto a nivel formal como sustancial, la distinción entre sociología y literatura. La analogía entre narración literaria y conocimiento sociológico, entre imaginación de lo literado y representación del sociólogo (analogía que deriva de la relevancia que en ambas asume la descripción), se diluye en el momento en que se tiene en cuenta los diferentes procedimientos cognitivos de aproximación a la realidad. En la introducción al texto de Lepenies ya citado, Alessandro Dal Lago sintetiza eficazmente esta diferencia, conectándola a los mecanismos - obviamente diferentes- mediante los que sociología y literatura pretenden proveer representaciones verdaderas de lo real. He aquí lo que sostiene Dal Lago:

"Para que una rama del saber sea ciencia, es necesario que se dote con una retórica... En las ciencias sociales, constitución de una retórica significa sobre todo concreción de un campo de argumentación específico, de un estilo expositivo específico, de límites con respecto de otras modalidades de argumentación. En sociología, estos objetivos son realizados a través de una epistemología apropiada, es decir a través de un discurso sobre la verdad sociológica"(Dal Lago, 1987, p. 12).

Es en la necesidad de definir la especificidad del saber sociológico, en la conexión de una epistemología y una metodología capaz de legitimar los procedimientos empírico-cognoscitivos de la disciplina, donde se localiza la dificultad expresada por los primeros sociólogos de comprender la relevancia de las representaciones narrativas de la realidad. Si, en efecto la sociología en sus inicios, opone su capacidad explicativa de lo real a las posibilidades implícitas en la representación literaria, lo hace sobre todo al objeto de legitimar la cientificidad del mismo conocimiento y comprensión del mundo. Es por esto que:

"El conflicto en cuestión no concierne dos modos de describir el mundo sino a dos modos de decir la verdad sobre el mundo, de establecer valores y fines de la sociedad. El conflicto entre sociología y literatura aparece en fin como el choque entre dos pretensiones de autoridad cultural" (Op. cit., p. 14).

El conflicto encuentra una solución sociológica, en el momento en el que se dirige a la literatura como específico campo de indagación. En este caso, el sociólogo se refiere a la literatura como objeto mismo de análisis, reduciendo en términos del estilo cognitivo de su disciplina, la

multiplicidad de las implicaciones del discurso literario, por ejemplo en la tentativa, como Lucien Goldmann (1981), quiso hace años localizar las similitudes entre la novela, en sus numerosas manifestaciones y las que subyacían en la estructura socio-económica. Pero el conflicto también puede diluirse, perdiendo completamente sentido, siendo conscientes de que la literatura provee constitutivamente otra visión de la realidad con respecto de aquella propuesta de la sociología: una representación ficticia que, no obstante, le ofrece al lector, dentro de los muchos estilos y géneros literarios, imágenes de la realidad más atenta al por menor, quizás más detalladas, en todo caso diferentes de aquellas sociológicas. Esta conciencia diluye las razones de la oposición entre sociología y literatura, modificando los términos del debate, que de una inicial lucha por la supremacía cognoscitiva, tiende a asumir los caracteres del razonamiento sobre las recíprocas especificidades.

III El sociólogo y las narraciones

Homo loquens es el sujeto al cual dirige prioritariamente su atención el sociólogo empírico: es un sujeto al que escuchar, interrogar, a quien dirigir (según la aproximación metodológica elegida), preguntas focalizadas, estructuradas sobre la base de opciones predefinidas o bien sugerencias sobre temas de discusión más amplios. El lenguaje representa en todo caso la base de partida del análisis empírico de la realidad social, también porque el lenguaje es uno de los materiales principales de los que está constituida la sociedad. Así, en un sentido extenso, prescindiendo de la estrecha correlación entre narración y literatura, el sociólogo tiene un campo de estudio a añadir con las fuentes narrativas, con descripciones, informes y representaciones de lo real proporcionadas por los sujetos.

También el etnógrafo, que reemplaza incluso el diálogo entre entrevistador y entrevistado por la observación directa sobre el campo, necesita acceder al lenguaje en uso, en el contexto social al que dirige su atención; un lenguaje que a menudo asume caracteres jergales en razón de la naturaleza de la subcultura del grupo observado. El etnógrafo traduce sus observaciones en narrativas al uso, en las cuales la descripción del contexto y la narración de los acontecimientos es prelude de ulteriores elaboraciones, orientadas por los conceptos de la disciplina de referencia (antropología, sociología, psicología social) (Gobo, 2001)

Hasta donde se quiera subrayar la siempre menor relevancia de las narraciones producidas localmente por sujetos en interacción, y se quiera localizar como tratamiento típico de la modernidad la relevancia del saber vehicular con narraciones de los medios de comunicación, para comprender sociológicamente la comunicación contemporánea (los mass media y sus múltiples mensajes), necesitamos en todo caso hacer referencia a narraciones en dichos formatos, por ejemplo preparando metodologías sofisticadas de análisis del contenido, tradicionalmente de tipo cuantitativo (Berleson: 1952), orientadas también recientemente en sentido cualitativo (Altheide: 2000).

Bien visto, el mismo cuestionario representa un peculiar tipo de fuente narrativa: el investigador ya prefigura antes del suministro una serie de unidades temáticas, unidas, por ejemplo, a comportamientos, preferencias, opiniones, actitudes, hipotéticamente presentes en el universo de referencia. También es verdad que el interés del investigador no se concentra en la unicidad de la narración individual, sino en la relación entre variables: la unicidad del sujeto viene, por así decirlo, destrozada, puesto que la narración del entrevistado es, estadísticamente significativa, sólo en razón de la traducción de sus respuestas en símbolos numéricos, que da cuenta no de su actitud, de sus opiniones, de sus preferencias, sino de su significatividad estadística en relación a las actitudes, a las opiniones, a la elección de la muestra y, por inferencia, del universo.⁶ Los límites del cuestionario como fuente narrativa, los mismos límites que representan sin embargo los motivos de éxito del análisis de la muestra en la búsqueda sociológica empírica, son sustancialmente dos:

1. Ante todo, la descripción que un formulario hace posible es la prefigurada por el sociólogo, con lo que resulta limitada la libertad de elección del sujeto entre recorridos alternativos. El recorrido temático ya es predefinido y por tanto cada sujeto cuenta la misma historia, proponiendo variaciones sobre el tema que, aunque sociológicamente significativas, son narrativamente irrelevantes;

2. En segundo lugar, la unidad de la narración individual pierde relevancia puesto que va necesaria y coherentemente, en relación con la estrategia metodológica de tipo cuantitativo, traducida en lo que Lazarsfeld ha definido eficazmente lenguaje de las variables.

El sociólogo por último interpreta los datos numéricos, las correlaciones estadísticamente relevantes, y propone un nuevo recuento que a veces poco (o nada), tiene que ver con la autorrepresentación de los sujetos. Se trata, parafraseando a Geertz (1987, p. 25), de una *thin narration*, un cuento flaco, sutil, basado en fragmentos de subjetividad traducidos primero en datos numéricos, y sucesivamente retraducidos en narraciones sociológicas gracias a la capacidad teórico-imaginación del sociólogo. De los muchos caracteres de la narración sintetizados al final del párrafo, la *thin narration* conserva lo particular último, es decir la capacidad que proporciona la narración de construir relaciones entre acontecimientos, también en forma de nexos causales. Específicas variables (sexo, edad, clase social, por ejemplo), vienen tan localizadas por el investigador como determinantes de actitudes, comportamientos, adhesiones a valores. Todo ello, obviamente, en el interior de los límites cognitivos de la aproximación teórica localizada y las hipótesis de búsqueda formuladas con anterioridad. Estilos cognitivos y narrativos diferentes (el del sociólogo y el de los sujetos), se encuentran, sin integrarse necesariamente, tanto que viene menos la recomendación de Alfred Schütz cuando, en un paso significativo y arduo de sus *Collected Papers*, recordó que los conceptos en las ciencias sociales siempre son conceptos de segundo grado, conceptos de conceptos pues, se basan preinterpretaciones de sentido común del actor ordinario. Con esta consideración de naturaleza ontológica, Schütz llegó al postulado metodológico según el cual el sociólogo tiene que ajustar las tipificaciones científicas adecuadas a las tipificaciones de sentido común, es decir las tipificaciones de los actores en su experiencia aporreada de la realidad cotidiana (Schütz: 1967, p. 44).

Son a su modo las metodologías cualitativas las que han hecho de la narración del sujeto el núcleo alrededor del cual se ha definido su especificidad con respecto a las más consolidadas y estructuradas metodologías cuantitativas. La narración cualitativa tiene naturaleza diferente con respecto a los fragmentos narrativos que se muestran en el cuestionario: concentra en efecto en sí los caracteres de la narración cotidiana, propone acontecimientos, sentimientos, aspiraciones y los relaciona dentro de una lógica que está más vinculada a estrategias narrativas del entrevistado de lo que lo esté a razones teóricas y metodológicas del investigador. El sociólogo cualitativo obra haciendo referencia a datos extraídos de narraciones densas, *thick*, lo que le permite proponer descripciones sociológicas igualmente densas (Geertz, 1987). Esto supondría un exceso de confianza del sociólogo en su capacidad de proveer informes naturales del sujeto y su mundo social, pues la narración libre del entrevistado, representa de por sí una garantía de la abstracción teórico y/o técnica de las argumentaciones sociológicas. Subrayando las razones del sujeto y la importancia de su descripción, los sociólogos cualitativos tienden a poner de relieve su aproximación metodológica más que otros en cuanto a la capacidad de dar voz y evidencia a los mecanismos de constitución del sentido subjetivo de la realidad social (Schwartz, Jacobson, 1987). Basándose, además, sobre la afirmación weberiana según la cual la sociología es ciencia de la interpretación del sentido que los actores atribuyen a su acción, los sociólogos cualitativos han recurrido a una serie de informes, orales y escritos (entrevistas estructuradas historias de vida, cartas, diarios, fragmentos de conversación, etcétera), en la convicción de que con dichos materiales la unidad del sujeto además de su particular visión del mundo, sea preservada mejor en su traducción sociológica.⁷ Hay sin embargo que decir que al menos algunos de las tendencias de la búsqueda cualitativa, en el momento mismo en que ponen la narración del actor social en el centro del propio interés, construyen una imagen de narración ejemplificada. Se activa una actitud metodológica con la que la narración del sujeto es concebida como informe objetivo de aspectos particulares de lo social: en los datos cualitativos estaría encerrada por lo tanto una verdad más verdadera que la contenida en otros datos sociológicos, puesto que es el actor social el que, contándolo, provee un acceso directo a su realidad (Silverman 2002, pp. 182-186). La mística del sujeto se traduce en una visión irreal de la relación entre sujeto, recuento del sí, realidad social representada en la descripción: se pierde en efecto de vista el hecho de que cada descripción es un informe parcial de lo real, una traducción en los términos específicos de la experiencia biográfica del sujeto de aspectos limitados y circunscritos a la realidad que se investiga⁸. Los datos cualitativos, estructurados a menudo como datos del informe narrativo del sujeto, reflejan no sólo la realidad de un particular

punto de vista, sino que también estrategias y retóricas de la narración que tienen que ver con procesos de justificación y racionalización ad hoc de la experiencia subjetiva.⁹ No sería de otro modo posible, por la transformación del sujeto envuelto mediante la narración en un observador destacado capaz de explicar de manera clara y neutral el complejo de las motivaciones que lo han inducido a la acción, las mismas opiniones, las mismas actitudes, el contexto social en que se sitúa la acción. Adquirir la conciencia de la fragmentariedad de la narración del sujeto, implica alejarse siempre más del modelo realista (según el cual la narración del sujeto es representación inherente en su subjetiva percepción de lo real), para llegar a un tipo de análisis cualitativo que, recordando la lección de Garfinkel (1967) y de la etnometodología, se basa en la individuación de las características estructurales del informe, sobre los modos de la argumentación, sobre las estrategias ad hoc de construcción de sentido. En el interno del tipo de fundamentación metodológica propuesto por la etnometodología, el recuento del sí aparece como un informe que no explica la acción, si acaso provee justificaciones de ello ex post, colocando dentro de un marco aparentemente coherente el actuar del sujeto y el contexto en que el mismo, tiene lugar.

Resumiendo, los informes narrativos de tipo cualitativo se han utilizado en sociología en tres formas sustancialmente diferentes, in cierta medida incompatibles entre sí.

1. Se hace referencia al informe para validar una particular explicación teórica de específicos aspectos o procesos sociales. Este es el caso de Sutherland (1937) que en *The Professional Thief* utiliza un largo informe autobiográfico para confirmar la teoría de la desviación como asociación diferenciada. Se podría hacer referencia también a otros clásicos, como por ejemplo *El campesino polaco en Europa y América*, donde el objetivo declarado de Thomas y Znaniecki es encontrar en las narraciones biográficas, manifestaciones de personalidades individuales que representen puntos de encuentro entre sujeto y sociedad, y por lo tanto proporcionen al sociólogo el presupuesto para la explicación causal de los fenómenos, y la individuación de las leyes sociales que estén contenidas en éstas.¹⁰

2. El análisis de los datos narrativos es considerado según el principio de que dichos datos representan informes verdaderos de la realidad. En este caso, el sociólogo cualitativo intentará localizar unidades temáticas, argumentos, actitudes, de manera no diferente a la del sociólogo cuantitativo, pero con el objeto no de encontrar datos estadísticos significativos, sino relevancias subjetivas. Esta es la fundamentación de fondo del interaccionismo simbólico, por lo menos a partir de la sistematización a obra de Blumer (1969).¹¹

3. El sociólogo trata de localizar las narrativas, es decir los mecanismos retóricos de articulación del discurso del sujeto, con el objeto de localizar las formas por las que este último construye la presentación del sí y su experiencia biográfica. En este caso, siguiendo a Silverman, los datos cualitativos hacen posible el acceso a historias y narraciones diversas mediante las cuales, las personas describen su mundo. Así, esta aproximación se basa en que abandonando la tentativa de tratar dichas historias como imágenes de la realidad, conduciría hacia el análisis de técnicas (culturalmente ricas), por lo que entrevistadores y entrevistados, generarían en común descripciones plausibles del mundo (Silverman 2002, pp. 183).

En las tres modalidades mencionadas de empleo del dato narrativo, son distintos los presupuestos de verdad de la descripción subjetiva. También cambian los estilos teóricos, cognitivos, y en fin los estilos de la argumentación y la narración sociológica. No cambia sin embargo la problemática de la aplicación, y el principio de la adecuación anteriormente tratado, ya que según Alfred Schütz el análisis sociológico coherente debería proporcionar el sentido que el sujeto atribuye a su actuación y al mundo. De las tres modalidades, la segunda estaría más próxima de la recomendación schütziana, puesto que con ella se trata de configurar al sujeto y a su representación de lo real. Sin embargo no es necesario que un buen análisis sociológico dentro de esta aproximación sociológica quede al nivel de las autorepresentaciones del sujeto. Las tipificaciones de segundo grado pueden basarse legítimamente en líneas interpretativas en alguna medida en desacuerdo, con la representación que el sujeto tiene (o da), de él mismo y del mundo. En la primera modalidad, la experiencia subjetiva lo es en función de la validación de una hipótesis teórica, dentro de una aproximación de estudio que tiene claros intentos nomotéticos: la narración en sí está descontextualizada, pierde relevancia el sentido que el actor le atribuye y asume relevancia la llamada a los presupuestos teóricos, lo

que implica la adopción de una lógica y formas de argumentación diversas con respecto a las del sentido común. En la tercera y última modalidad, la narración del sujeto se ha desarticulado, no con el objeto de localizar el sentido vehicular por el sujeto (objetivo si acaso de la segunda modalidad), sino en la búsqueda de los *accounts*, es decir de las específicas formas retóricas cotidianas de representación del sí, de la misma acción y del contexto en que se produce. La individualización de los métodos cotidianos con los cuales el actor da sentido a la realidad, o la subordinación a las retóricas mediante las cuales da orden al discurso, producen también en este caso construcciones de segundo grado en las que es improbable que el actor se reconozca.

Más allá de las diferencias entre tradiciones teóricas y metodológicas a menudo contrapuestas, lo que aúna las diversas modalidades de análisis de lo social es la referencia al sentido, al modo en el que éste emerge en la narración de un actor, al que el científico social dirige su atención. Tanto si es un sentido construido en la interacción entre investigador y entrevistado, como si emerge en una serie predefinida de preguntas ya estructuradas, es el *homo loquens* el que provee al estudioso, en última instancia, de imágenes de lo real en formas múltiples (más o menos densas, más o menos libres, más o menos estructuradas), de la narración y de lo descrito. En este punto hay que preguntarse: ¿Qué significa contar? ¿Qué implica estructurar una narración, y por qué es la narración sociológicamente significativa? Si se prescinde de las diferencias entre definiciones de narración posibles, contar es ante todo una forma de gestión de la temporalidad: la narración implica en efecto representaciones lingüísticas (escritas u orales poco importa), en las cuales se meten en relación acontecimientos, objetos, actores, de ánimo etcétera, a lo largo de una secuencia temporal que implica la distinción de un antes y un después (Poggi, 2004, pp. 27-29). Contar supone seleccionar, de una infinidad sin sentido de lo real, aspectos que se muestran significativos y relevantes. Además implica poner en relación aquellos aspectos, individuales con nexos dotados de sentido (Op. cit., p. 28). Seleccionando y poniendo en relación, el narrador provee de sentido a la realidad y, al mismo tiempo, le otorga orden: contando, damos sentido a la experiencia, la ordenamos estructurando secuencias significativas de acontecimientos, reconduciendo aquellos acontecimientos a una estructura lógicamente coherente, de acuerdo con lo que de la realidad ya nos es conocido. Es en efecto la narración la que hace posible activar procesos que nos permiten comprender lo que se nos muestra poco obvio, por un proceso sistemático de reducción de lo diverso a lo propio (Op. cit. p. 33; Schütz, Luckmann, 1979, p. 235 y ss.; Longo, 2001, pp. 14-16). Por último, la articulación cronológica de la descripción le permite al narrador estructurar una multiplicidad de relaciones, también entre nexos de causa y efecto: de este modo, al narrador no le corresponde ya sólo la capacidad de dar sentido y orden a lo real, sino que también la tarea de proveer explicaciones plausibles de lo que se indaga, en términos de posibles explicaciones de las causas.

No se trata de señalar solamente las diferencias relevantes entre sentido común y saber científico, ni de dar cuenta de la relación entre narración y temporalidad, entre narración del sujeto y la conexión relacional con aspectos de lo real, sino que además se trata de la función organizadora de la realidad imputable al proceso narrativo al que pertenecen tanto al actor social, como al observador científico. También el científico social selecciona de la infinidad privada de sentido de lo real, pone en relación acontecimientos, los mete en secuencias significativas, eventualmente localiza nexos de causa y efecto. Si el sociólogo narra, lo hace en referencia a presupuestos teóricos, estilos cognitivos, formas de la argumentación, estrategias y objetivos cognoscitivos diferentes con respecto de los del actor ordinario en su experiencia cotidiana. Es en esta suerte de especificidad, donde se produce la diferencia entre narración sociológica y descripción del recuento cotidiano.

IV A propósito del postulado de la adecuación

En las páginas anteriores, he hecho referencia a Alfred Schütz y a la preocupación fenomenológica de fundamentar los procesos cognoscitivos de las ciencias sociales respecto a las interpretaciones previas de un actor ordinario. Es bueno detenerse brevemente, sobre la cuestión, también al objetivo de tratar si las argumentaciones de Schütz y en qué modo, tienen sentido en relación a la distinción entre sociología, narración cotidiana y literatura, saber sociológico, sentido común y aproximación literaria de la realidad.

Schütz se propone la tarea de reformular filosóficamente la sociología comprensiva weberiana. Mientras Weber concibió el sentido subjetivo como una realidad comprensible en manera agregada aproblemática, Schütz se centra en el problema del sentido subjetivo y en particular en relación a los procesos de su constitución. Así, en *La fenomenología del mundo social* (Schütz 1974), insiste en que el proceso de atribución de sentido, tiene lugar en la conciencia del actor, el cual refiere su acción a experiencias vividas con anterioridad. Para comprender la acción ajena, hace falta en cambio insertar tal actuación en contextos de motivaciones típicas, que suponen el anonimato del contenido. Weber localizó en el tipo ideal un modelo heurístico de comprensión/explicación de la realidad social. Schütz, hace referencia al concepto fenomenológico de *Lebenswelt*, para justificar los mecanismos de tipificación llevados en la práctica por los actores sociales en su experiencia cotidiana de la realidad. Eso lleva a Schütz a afirmar que en la capacidad humana de caracterizar, está el origen de las tipologías científicas.¹² Sobre el plan metodológico, Schütz se preocupa, pues, de definir mecanismos de análisis de la realidad social capaz de incluir los procesos de sentido común, colocándolos en un plano formal, científico. De este modo, Schütz trata de fundamentar el análisis formal del sentido al mundo de la vida.

¿A qué responde esta preocupación? Una vez más, a la cuestión ya mencionada de la especificidad del objeto sociedad. Según afirma Schütz, el problema fundamental para el sociólogo, es que obra sobre una realidad pre-interpretada. Sus conceptualizaciones no se basan, como para el científico de las ciencias naturales, sobre el hecho dotado de sentido, sino sobre acciones ya dotadas de significado por los actores. En vez de negar esta especificidad, el científico social tiene que hacerse cargo, localizando posibilidades metodológicas que le permitan formular las generalizaciones y las construcciones lógico-formales propias de cada análisis científico, sin olvidar que él estudia una realidad preinterpretada por los actores en su acción social: Schütz dirá que el objeto del pensamiento construido por los científicos sociales se refiere y se basa en el objeto de pensamientos construidos por el pensamiento de sentido común del hombre que vive su experiencia cotidiana entre otros hombres (Schütz, 1967, p. 6). De ahí la necesidad de vías de integración, que se basen también en la consideración según la cual, las construcciones usadas por el científico social son, por así decir, construcciones de segundo grado, es decir construcciones de las construcciones definidas por los actores sobre la escena social, cuyo comportamiento el sociólogo observa e intenta explicar de acuerdo con las reglas de procedimiento de su ciencia (Op. cit. p.6).

Alfred Schütz propone tres postulados metodológicos, que todo científico social debiera cumplir, al objetivo de insertar sus conceptualizaciones en tipologías de primer grado, propias del actor social. Ante todo, el postulado de coherencia lógica, según el cual las construcciones del sociólogo tienen que respetar las normas de la lógica formal. En segundo lugar, el postulado de la interpretación subjetiva que, de acuerdo con la sociología weberiana, da sentido al hecho de que los actores atribuyan a la acción del otro el centro de la investigación sociológica. La conexión entre ciencia y vida cotidiana, entre conceptualizaciones abstractas y tipologías del hombre común, es garantizada por el último y más importante postulado metodológico, el de la adecuación. Dejo a Schütz el honor de explicar este delicado proceso:

"Cada término de un modelo científico de la acción humana tiene que ser construido de modo tal que una acción humana llevada a la práctica en la vida cotidiana de un actor individual en el modo indicado por la construcción típica, debería ser comprensible para el actor mismo y para los otros actores sociales, en los términos de la interpretación de sentido común de la vida cotidiana. El respeto a este postulado garantiza la coherencia de las construcciones del científico social con las construcciones de la experiencia de sentido común de la realidad social (Op. cit., p. 44).

Es evidente aquí la lección de Husserl, la llamada a la concepción del mundo cotidiano como base de la ciencia, es asumida por Schütz mediante la concepción de una sociología consciente de los procesos de constitución de sentido de la experiencia cotidiana (lo cual equivale a decir consciente de la especificidad de su objeto). Gracias al postulado de idoneidad, las construcciones científicas deberían ser "continua y conscientemente relacionadas con la experiencia de la tipicidad y el empleo de las tipologías del mundo cotidiano". (Zijderveld) 1972, p. 185. De este modo, Schütz intenta basar las

conceptualizaciones sociológicas en la experiencia intersubjetiva y el sentido que los actores sociales le atribuyen.¹³

El problema de fondo de la formulación de Schütz tiene relación con el estrecho vínculo, a la vez que ingenuo y fascinante, entre reflexión sociológica y experiencia de la sociedad. Tal vínculo comporta por consiguiente una serie de medidas paradójicas, sobre las cuales han advertido hace tiempo los lectores críticos del trabajo de Schütz. En primer lugar, como hace unos años Giddens subrayó, la misma formulación del postulado de idoneidad lo vuelve, según su interpretación, banal o bien inoportuno. Es banal si se interpreta en el sentido de que las construcciones sociológicas tengan que hacer en todo caso referencia a acciones concretas realizadas por los actores sociales. Si en cambio se entiende en el sentido de que las construcciones del científico social puedan, siempre y en todo caso, ser traducidas en términos de lo cotidiano, tanto como ser comprensibles para los actores sociales, parece evidente su inoportunidad (Giddens 1979, p. 40). Tomado estrictamente, el postulado de idoneidad vincula no tanto al sociólogo a la congruencia entre sus argumentaciones y el objeto de análisis (lo que es obviamente legítimo y obligado), sino a una constante traducibilidad de sus argumentaciones en el idioma cotidiano del actor social. Eso privaría a la reflexión sociológica de un tratamiento esencial: la capacidad de proponer explicaciones contra-intuitivas de los fenómenos sociales, lo cual, justo por contra-intuitivas, difícilmente pueden ser a la vez legítimas y plausibles al actor social que está implicado en primera persona en dichos fenómenos.¹⁴ Otra cuestión unida al postulado de idoneidad se encuentra en la formulación de la teoría social de Alfred Schütz, y en particular en su concepción de las zonas finitas de significado. Ciencia y cotidianidad son dos modalidades sustancialmente diferentes de experiencia subjetiva de lo real: la cotidianidad, entendida como *paramount reality*, es un mundo intersubjetivo y aporético, en el que las tipificaciones nacen de la propia experiencia, pero sólo para asumir el carácter del dato por descontado. La obviedad de la realidad de la vida cotidiana depende de sus caracteres constitutivos: es un mundo que el actor comparte con otros actores sociales que se presupone que tengan, más allá de la diferencia individual, una percepción de lo real análoga a la nuestra (Schütz 1967, pp. 10-14; Schütz, 1967a, p. 218 y ss.). Es además el lugar del porqué pragmático, el que le permite al actor definir objetivos y obrar concretamente en su búsqueda. Como provincia dotada de sentido, la ciencia es en cambio el lugar de la adquisición de conocimientos sobre el mundo. El actor no persigue objetivos prácticos, pero obra exclusivamente con finalidades cognoscitivas. Son en la acción, las dos provincias dotadas de sentido, dos modalidades de aproximación a lo real, que en cuanto determinadas por finalidades diferentes, necesariamente producen también resultados diferentes. La idea schütziana de provincia dotada de sentido, en efecto, hace referencia a un particular estilo cognitivo que encierra la experiencia subjetiva, le da coherencia y configura el objeto como real (o mejor los objetos), a los cuales el sujeto dirige su atención (De Blasi 2000). Es la propia referencia a la ciencia como a una provincia dotada de sentido lo que da a la fundamentación schütziana carente de coherencia interior, mucho más que a su efectiva aplicabilidad empírica: si en efecto son diferentes los porqués, las relevancias, los estilos cognitivos que conducen la acción del actor y la reflexión del científico, lo que parece faltar en la reflexión de Schütz respecto al postulado de idoneidad, es justo la individualización teórica y a la vez operativa de los procesos de traducibilidad, de las construcciones típicas desarrolladas por el científico social en los términos de las construcciones típicas, elaboradas por el actor (y viceversa). La integración entre las dos provincias de sentido es formulada, sin ulteriores aclaraciones. El cuadro se complica aún más si se tiene en cuenta una ulterior preocupación de Schütz, que coincide con la necesidad de calificar la sociología comprensiva como análisis científico de la realidad social: en su complejo, los postulados metodológicos schützianos aspiran a encuadrar el problema de la interpretación subjetiva dentro de procedimientos científicos capaces de garantizar no sólo compatibilidad entre construcciones de primero y de segundo orden, sino que también de articular de manera lógicamente coherente las construcciones del científico, garantizando objetividad a sus formulaciones (Protti, 1995, p. 109 y ss.).

Con respecto a las críticas dirigidas al postulado de idoneidad, Luigi Muzzetto (1997 p. 167 y ss.) ha defendido que éstas tienden a reducir la riqueza teórico-metodológica de la impostación schütziana, lo que dada la complejidad de las argumentaciones del teórico austríaco, probablemente sea poco generoso. Si se admite en efecto una relativa imperfección de la formulación del postulado, el andamiaje total del trabajo de Schütz sugiere no una rápida e

irónica liquidación del problema, sino más bien la cautela. Probablemente, tiene razón Ilya Srubar (1988, pp. 198-199), cuando afirma la naturaleza teórica más que metodológica del postulado: en este sentido, el postulado representaría el fundamento de una concepción teórica de lo social basada en el sujeto, sobre las tipologías de lo cotidiano, sobre la acción social al interno del Lebenswelt, del grupo.

La complejidad del problema y la profundidad de sus implicaciones teóricas me impiden profundizar demasiado en la lectura de dicho postulado: si se considera como una indicación de naturaleza metodológica, en efecto se muestra coherente con la preocupación explícita o implícita de la búsqueda cualitativa de las razones del sujeto, por sus motivaciones, por el mantenimiento de su particular punto de vista en los resultados de la búsqueda. Desde esta visión, un tanto limitada, se podría preguntar si el postulado de idoneidad no cumple una función de conjunto para el sociólogo de orientación fenomenológica, en el sentido de que éste debería trabajar en reagrupar estilos cognitivos que incluso parecen difícilmente integrables. El lenguaje del sociólogo es constitutivamente otro respecto al de la jerga cotidiana: es diferente su léxico, son diferentes sus objetivos cognoscitivos, son diferentes sus presupuestos y lo que ponen de relieve. Y esto, como ya he tratado de exponer, vale tanto para lo cualitativo como para lo cuantitativo. En esta diversidad, la sociología busca sus posibilidades: la referencia a los hechos sociales, a los datos que pueden sacarse de ellos, que no tienen significado en relación al contexto de su producción, sino en relación a las narraciones del sociólogo. Buenas o malas estas narraciones están en relación con el hecho de que se presentan en alguna medida inadecuadas con respecto de las narraciones de sentido común en las que a menudo se inspiran. El sociólogo redescubre el mundo, y al hacerlo se aleja de la lógica de los actores sociales: su reescritura, aunque pretenda ser adecuada al contexto de análisis, no puede sino presentar aquel contexto a partir de específicos conceptos teóricos e igualmente modalidades específicas de la búsqueda empírica, pero también en relación a específicos estilos, conjuntamente cognitivos y narrativos. La adquisición de esta conciencia supone la caída definitiva de una pretendida objetividad positivista del informe sociológico junto a la superación de la mística, a menudo invocada por los cualitativos, de una recuperación del punto de vista del sujeto, de su mundo de vida, de su original interpretación de la realidad.

Alessandro Dal Lago, en el citado trabajo sobre la relación entre sociología y literatura, reconduce una pieza de un texto de Dick Hebdige sobre las subculturas. La cita me parece particularmente apta al objeto de subrayar la que se podría definir como inadecuación constitutiva de la narración sociológica, es decir su incapacidad, a pesar de los apremios schützianos, de proponer tipologías de segundo grado "comprensibles para el actor mismo y para los otros actores sociales, en los términos de la interpretación de sentido común de la vida cotidiana". Leemos la cita:

"Es muy improbable [...] que los miembros de las subculturas descritas en este libro se vean reflejados. Todavía es menos probable que ellos acojan benévolamente los esfuerzos hechos por nuestro parte para entenderlos. Después de todo, nosotros sociólogos y "normales" interesados amenazamos con matar con nuestra benevolencia las formas que intentamos explicar [...] Bajo este aspecto, acertar es, en cierto modo, no dar en el blanco" (Hebdige 1990, p. 154).

No me parece interpretar de manera forzada la cita, decir que muestra de forma explícita una posición inversa con respecto a la de Schütz: mientras este último expresa la preocupación por una ciencia social capaz de respetar tipologías y estilos cognitivos de los sujetos, Hebdige subraya la sustancial inconmensurabilidad entre descripción sociológica y experiencia directa que el actor tiene de sí mismo y del mundo. Hebdige concluye con esta reflexión tras un recorrido de búsqueda empírica, conducido por referencias teóricas, pero también literarias (Genet Sartre, Barthes), con las que busca dar cuenta de la relación entre estilo, corporeidad, identidad y subculturas. La percepción de la inadecuación del informe sociológico (inadecuación en el sentido de las limitaciones respecto a la correspondencia de las preinterpretaciones del sujeto), deriva directamente del trabajo de búsqueda empírica. Donde Schütz postula idoneidad de una reflexión teórica orientada metodológicamente, en el caso de Hebdige, la incompatibilidad entre narración sociológica y narración cotidiana emerge como subproducto de la experiencia empírica, evidenciando en la práctica la dificultad de aplicación del postulado schütziano. Schütz no aparece en el horizonte intelectual de Hebdige (cuyas

referencias además de lo citado, giran alrededor de la tradición anglosajona de los cultural studies): la suya no es, en efecto, una crítica empíricamente fundada en la impostación de Alfred Schütz sino la afirmación consciente de los límites y las posibilidades de la indagación en el ámbito sociológico.

Solo desde el conocimiento de la inconmensurabilidad entre experiencia cotidiana y análisis sociológico, puede ser reformulada la distinción entre sociología y literatura. La constitutiva inadecuación del sociólogo depende de la lógica de su discurso, de las referencias teóricas y metodológicas, del estilo propio de su argumentación que en alguna medida imponen hacer ciertas afirmaciones respecto al discurso y a la experiencia cotidiana. Se trata de vínculos que obviamente no obligan al narrador literario, al cual se le concede una representación congruente de la realidad, en la que el actor ordinario puede sin esfuerzo reconocerse así como sus *Mitmenschen*, sus iguales.

V Conclusión

La narración es sociológicamente relevante por una serie de motivos, tres de los cuales, me parecen particularmente importantes:

1. La dimensión cognitiva: es la narración la que da sentido a la realidad (también a la social), la hace comprensible, recortando partes significativas cuya significatividad reside en el acto mismo de la selección. Paolo Jedlowski (2000 p. 30), refiriéndose a Goethe, sintetiza así: "en sí mismo, la vida es "indiferente", es decir falta de sentido: la dimensión del sentido la aportan las palabras y las narraciones humanas."

2. La dimensión relacional: la narración es, siempre según Jedlowski, uno de los instrumentos que estructuran relaciones sociales: contar es parte constitutiva de la vida cotidiana, ya que la narración permite cambios de experiencias, de nociones, la consolidación de identidades individuales y colectivas (Op. cit. p. 63 y ss.).

3. La relación entre narración y búsqueda empírica: la narración provee datos empíricamente relevantes, representando la forma de acceso a la subjetividad del actor (narrador). El actor, en cuanto *homo loquens*, es en efecto el presupuesto de la búsqueda empírica, que asume el carácter principalmente individualizado que le atribuye una búsqueda cualitativa, aunque aparezca como parte anónima en una muestra.

Afirmar que la narración es sociológicamente relevante es sin embargo una primera disquisición. Es necesario precisar, en segunda instancia, los caracteres específicos de la argumentación sociológica, lo cual permite conectarla a la narración y distinguirla de ella. Sólo trabajando con esfuerzo la multiplicidad de los estilos argumentativos del discurso científico, se puede hablar legítimamente de narración sociológica. Se puede igualmente afirmar que la sociología tiene que ver constitutivamente con el tiempo, con el cambio, con las transformaciones sociales (Op. cit, p. 199). El sociólogo selecciona aspectos de la realidad, les da significado sociológico, los interpreta y/o explica en relación al bagaje teórico-metodológico de su disciplina. El discurso sociológico se muestra homólogo a la narración, en el sentido que, como esta última, permite instituir relaciones entre objetos, acontecimientos, actores, localizando posibles relaciones de causa y efecto, atribuyendo así un orden limitado y parcial a partir del caos infinito de lo real. La unión con la narración ha permitido a los sociólogos, hace ya tiempo, adquirir conciencia del hecho de que la sociología es "más que una estrategia de indagación, una forma de discurso" (Op. cit. p. 201). El reconocimiento del carácter artificial del discurso científico no implica su negación, y mucho más la conciencia de que no se pueden evitar reglas y artificios retóricos. La reflexión sobre las retóricas del texto sociológico tiende de hecho a evidenciar como las formas de la argumentación definen no sólo el estilo de la narración, sino que también su plausibilidad, el reconocimiento dentro de una específica comunidad académica, y por último la científicidad de los resultados de la búsqueda que el texto comunica (Tota, 1998).

Adquirir conciencia de la componente narrativa, no significa rechazar los caracteres específicos de la comunicación sociológica. Sencillamente, significa reconocer el carácter construido de

formas específicas de representación de la realidad, cuya validez científica no descansa en ciertos presupuestos de congruencia respecto a la realidad, no solo el empleo consciente de teorías de referencia y métodos de búsqueda, sino que también en específicas retóricas y formas de la argumentación (Dal Lago, 1994). Ello equivale a tomar conciencia de las potencialidades y debilidades de la sociología como ciencia, potencialidad y debilidad que coinciden con la multiplicidad de las almas del sociólogo (¿atento al contexto local de lo micro o a las posibles generalizaciones de lo macro?) y que tienen por último cabida respecto a la multidimensionalidad del objeto social.

En una situación ya consolidada de confusión de los estilos argumentativos en las ciencias sociales, de la que Geertz habla (1988) y a la cual hacen referencia tanto los que se han ocupado de la escritura sociológica, como a la sociología (y con ella a las ciencias sociales), se muestra menos rigurosa de lo que se pensara en el pasado y, al mismo tiempo, más eficaz: menos rigurosa en el sentido que no puede sino aceptar como dato a considerar el déficit cognoscitivo que deriva del espacio entre complejidad de la realidad social y la relativa pobreza en la complejidad de la representación sociológica de la realidad; más eficaz porque, aceptando como científicamente plausibles formas diferentes de representación de la realidad, legitima una multiplicidad de aproximaciones capaz de dar cuenta de las muchas dimensiones de lo social (para sintetizar, las que ya se han definido dimensiones macro, medio y micro). Se llega así a la conciencia de la débil unidad entre las muchas formas sociológicas de representación de la realidad social: debilidad de la unidad en el sentido de que no ambiciona la definición de un método unitario pero acepta como recurso la multiplicidad de las narraciones sociológicas, en las que la unión quizás más consistente es la referencia a fuentes narrativas (al *homo loquens*, para utilizar una parcial metáfora de síntesis).

¿Qué queda del sujeto y de su mundo en el análisis sociológico? ¿Qué queda de las fuentes narrativas que el sociólogo utiliza? Mucho, o nada, según la perspectiva de análisis. Los datos, sean numéricos o cualitativos, ofrecen el pretexto metodológico para contar el mundo con la mirada del sociólogo. Aquel mundo es uno de los mundos posibles, una interpretación de la realidad que se basa en la jerga disciplinal: papel, status, solidaridad, conflicto, subcultura, account, sujeto, etcétera. También cuando la narración subjetiva se utiliza, con la intención de localizar unidades temáticas y motivaciones subjetivas (pensemos en el interaccionismo), o bien de descubrir la lógica de la construcción subjetiva de sentido (pensemos en la etnometodología), el sentido de la descripción sociológica encuentra su coherencia en el respeto al procedimiento de las referencias teóricas y metodológicas, además de en el respeto lingüístico de formas específicas de la narración, antes que en alguna localizable idoneidad con el sentido subjetivo de la acción. La acción (y con ella la experiencia subjetiva), es traducida en los términos específicos de la jerga disciplinal, sólo adquiere relieve y validez si es desplegado-interpretada en términos sociológicos. Cuando el sociólogo desarrolla conscientemente el propio trabajo, llega a un conocimiento que es válido no porque asuma la tarea de comprobar los sujetos (ni siquiera de comprobar incertidumbres), sino porque emplea las conceptualizaciones de la disciplina para observar el mundo desde fuera. Las fuentes narrativas, en la acepción amplia e imprecisa que doy aquí a esta expresión, son utilizadas no en cuanto al presupuesto de la representación que el actor da de la realidad, sino en cuanto a la búsqueda de interpretaciones sociológicamente coherentes del dato.

En esto es más reconocible la diferencia neta entre sociología y literatura: la narración literaria está, en efecto, menos vinculada a presupuestos de naturaleza teórica y metodológica (lo es, si acaso, a razones estilísticas o de género), y probablemente es por esto que se muestra, a pesar de su naturaleza ficticia, conjuntamente más coherente y adecuada con respecto de la realidad representada. La categoría de lo particular, en el sentido que a ella atribuye Lukács, remite al detalle, al momento de la cotidianidad e, incluso lo trasciende en su forma típica, en todo caso aparece comprensible al lector, que puede activar procesos de identificación con los personajes, de comprensión de sus motivaciones y el contexto social en el cual se desarrollan sus hechos. Eso (y es aparentemente solo una paradoja), también en el caso en que la narración literaria salga de los cánones del realismo, y asuma los caracteres de lo fantástico, de vanguardia, del pulp, etcétera. Los motivos, los miedos la introversión del protagonista de *La Metamorfosis* de Kafka se abren a la comprensión/compasión del lector, a pesar del extraño caso de lo contado en su narración. Al mismo modo, y a pesar de la dificultad de la lectura, Leopold Bloom Joyce, traza en el *Ulises* un recorrido narrativo en que la técnica del flujo de

conciencia tiene como objetivo permitir también una representación de lo más escondido de la conciencia individual. Una vez más, en Bloom el lector puede identificarse, o activar procesos de diferenciación, porque un artificio retórico le permite el acceso a la conciencia del protagonista, acceso negado en cada representación sociológicamente coherente de lo real, que se basa sobre el dato constitutivo de la inaccesibilidad de la conciencia subjetiva.

De manera provisional y sin excesivas pretensiones teóricas, se puede sustentar pues que la representación literaria es adecuada constitutivamente (en el sentido limitado que al concepto de idoneidad Schütz atribuye), al contrario de lo que no ocurre en la representación sociológica. La idoneidad de la narración explica en parte porque los sociólogos recurren a las páginas de las novelas de la misma forma que a fragmentos empíricos a explicar, utilizando el propio diccionario y las conceptualizaciones de su disciplina. La novela aparece así no como una visión alternativa de la realidad, en competición con la representación sociológica (no podría ser de otro modo puesto que, a diferencia de cuanto les ocurrió a los sociólogos de los inicios, la disciplina ya ha asumido una misma especificación identidad), sino como un campo de aplicación empírica que permite analizar, sólo para hacer unos pocos ejemplos explicativos, no siempre recientes), procesos sociales complejos tales como la relación individuo-sociedad de hoy -En Peter Berger (1992) se aprecia, la lectura de Musil *El hombre sin atributos* para localizar los caracteres más típicos del moderno individualismo; la evasividad del poder y las formas del cambio social- me refiero a Marcello Strazzeri (2004), que recientemente ha releído a Tomasi de Lampedusa, a Verga, De Roberto, Sciascia, utilizando la referencia teórica de las figuraciones de Norbert Elías; mecanismos de la conversación- aquí la referencia le es a Erving Goffmann (2004) que cita, entre muchos materiales también narrativos, a Jane Austen en *Orgullo y prejuicio*. La narrativa se vuelve de este modo fuente de conocimiento sociológico, dato textual sobre el que el sociólogo, admitiendo la potencialidad cognoscitiva de la literatura, puede ejercer la misma imaginación sociológica, llegando a una narración mucho más adecuada sobre el plan sociológico, cuanto más inadecuada es desde el punto de vista literario.

BIBLIOGRAFIA

- Altheide, D. (2000), *L'analisi qualitativa dei media*, Rubettino, Soneria Mannelli, 2000.
- Bauman, Z. (2001), *Dentro la globalizzazione. Le conseguenze sulle persone*, trad. it. Laterza, Roma-Bari.
- Berelson, B. (1952), *Content Analysis in Communication Research*, The Free Press, New York, 1952.
- Berger, P. (1992), *Robert Musil e il salvataggio del sé*, Rubettino, Soveria Mannelli.
- Bernsteins, R. (1976), *The Restructuring of Social and Political Theory*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.
- Blumer, H. (1969), *Symbolic Interactionism*, Prentice Hall, Englewood Cliffs (N.J.).
- Collins, R. (1992), *Teorie sociologiche*, trad. it Il Mulino, Bologna.
- Colombo, E. (1998), "De-scrivere il sociale. Stili di scrittura e ricerca empirica", en A. Melucci (a cura di), *Verso una sociologia riflessiva. Ricerca qualitativa e cultura*, Il Mulino, Bologna, pp. 245-267.
- Corbetta, P. (1999), *Metodologia e tecniche della ricerca sociale*, Il Mulino, Bologna.
- Dal Lago, A. (1987), *Introduzione a W. LePenies, Le tre culture. Sociologia tra letteratura e scienza*, trad. it. Il Mulino, Bologna, pp. 9-23.
- Dal Lago, A. (1994), "La sociologia come genere di scrittura. Lo scambio tra scienze sociali e letteratura", in *Rassegna italiana di sociologia*, a. XXXV, n. 2, pp.163-188.
- De Biasi, R. (2000), "Dalle province di significato ai "frames". Note su Schütz e Goffmann", in M. Protti (a cura di), *QuotidianaMente. Studi sull'intorno teorico di Alfred Schütz*, Lecce, Pensa 2000, pp. 255-79.
- Elias, N. (1990), *Che cos'è la sociologia?*, trad. it. Rosenberg & Sellier, Torino.
- Fornari, F. (2002), *Spiegazione e comprensione. Il dibattito sul metodo nelle scienze sociali*, Laterza, Bari-Roma.
- Garfinkel, H. (1967), *Studies in Ethnomethodology*, Prentice Hall, Englewood Cliffs (N.J.).
- Geertz, C. (1987), *Interpretazioni di culture*, trad. it. Il Mulino, Bologna.
- Geertz, C.(1988), *Antropologia interpretativa*, trad. it. Il Mulino, Bologna.
- Giddens, A. (1979), *Nuove regole del metodo sociologico*, trad. it. Il Mulino, Bologna.
- Giddens, A. (1990), *La costruzione della società*, trad. it. Edizioni di Comunità, Milano.

- Gobo, G. (2001), *Descrivere il mondo. Teoria e pratica del metodo etnografico in sociologia*, Carocci, Roma.
- Goffman, E. (2004), *Espressione e identità. Giochi, ruoli, teatralità*, trad. it. Il Mulino, Bologna.
- Goldmann, L. (1981), *Per una sociologia del romanzo*, trad. it. Bompiani, Milano.
- Gusdorf, G. (1996), "Condizioni e limiti dell'autobiografia", en B. Anglani (coord.), *Teorie moderne dell'autobiografia*, Edizioni B.A. Graphis, Bari.
- Habermas, J. (1986), *Teoria dell'agire comunicativo*, trad. it. Il Mulino, Bologna 1986.
- Hebdige, D. (1990), *Sottocultura: il fascino di uno stile innaturale*, trad. it. Costa & Nolan, Genova.
- Lepenies, W. (1987), *Le tre culture. Sociologia tra letteratura e scienza*, trad. it. Il Mulino, Bologna.
- Longo, M. (2001), *Strategie dell'esclusione e riconoscimento dell'altro. Saggio sull'alterità*, Manni, Lecce.
- Luckács, G. (1971), *Prolegomeni a un'estetica marxista. Sulla categoria del particolare*, trad. it. Editori Riuniti, Roma.
- Luhmann, N. (1990), *Sistemi sociali. Fondamenti di una teoria generale*, trad. it. Il Mulino, Bologna.
- Luhmann, N. (1992), *Die Wissenschaft der Gesellschaft*, Suhrkamp, Frankfurt a. M.
- McLain, R. (1981), "The Postulate of Adequacy: Phenomenological Sociology and the Paradox of Social Sciences", en *Human Studies*, vol. 4, pp. 105- 129.
- Muzzetto, L. (1997), *Fenomenologia, etnometodologia. Percorsi della teoria dell'azione*, Angeli, Milano.
- Poggi, B. (2004), *Mi racconti una storia? Il metodo narrativo nelle scienze sociali*, Carocci, Roma.
- Protti, M. (1995), *Alfred Schütz. Fondamenti di una sociologia fenomenologica*, Unicopli/Cuesp, Milano.
- Schütz, A. (1967), "Common-sense and Scientific Interpretation of Human Action", in Id. *Collected Papers*, vol. I, Martinus Nijhoff, The Hague, 1967, pp. 3-47.
- Schütz, A. (1967a), "On Multiple Realities", in *Collected Papers*, vol. I, *cit.*, pp. 207-259.
- Schütz, A. (1974), *La fenomenologia del mondo sociale*, trad. it., Il Mulino, Bologna.
- Schütz, A., Luckmann, T. (1979), *Strutturen der Lebenswelt*, vol. I, Suhrkamp, Frankfurt 1979
- Schwartz, H., Jacobson, J. (1987), *Sociologia qualitative. Un metodo nella follia*, trad. it. Il Mulino, Bologna.
- Scott, M. B., Lyman, S. T. (1971), "Accounts, Deviance and Social Order", in J. D. Douglas (coord.), *Understanding Everyday Life*, Routledge and Kegan Paul, London, pp. 88-119.
- Sennet, R. (2001), *L'uomo flessibile. Le conseguenze del nuovo capitalismo sulla vita personale*, trad. it. Feltrinelli, Milano.
- Silverman, D. (2002), *Come fare ricerca qualitativa*, trad. it. Carocci, Roma.
- Sparti, D. (1995), *Epistemologia delle scienze sociali*, Nis, Roma.
- Srubar, I. (1988), *Kosmion. Die Genese der pragmatischen Lebenswelttheorie von Alfred Schütz und ihr anthropologische Hintergrund*, Suhrkamp, Frankfurt a. M..
- Statera, G. (1997), "Il pensiero di Kuhn e la metodologia delle scienze sociali", en *Sociologia e ricerca sociale*, a. XVIII, nn. 53-54, pp. 227-240.
- Strazzeri, M. (2004), *Figurazioni letterarie del mutamento sociale nella prospettiva di Elias*, Manni, Lecce.
- Sutherland, E. (1937), *The Professional Thief*, University of Chicago Press, Chicago.
- Thomas, W. I., Znaniecki, F. (1968), *Il contadino polacco in Europa e in America*, trad. it. Edizioni di Comunità, Milano.
- Tota, A. L. (1998), "Politiche e poetiche del testo sociologico: le retoriche dell'argomentazione scientifica", en A. Melucci (coord.), pp. 269-291.
- Turnaturi, G. (2003), *Immaginazione sociologia e immaginazione letteraria*, Laterza, Roma-Bari.
- Weber, M. (1999), *Economia e società*, vol. I, *Teoria delle categorie sociologiche*, Edizioni di Comunità, Milano.
- Zijderveld, A. C. (1972), "The Problem of Adequacy: Reflection on Alfred Schütz's Contribution to the Methodology of Social Sciences", in *Archives Europeens de Sociologie*, vol. 13, n. 1, pp.176-190.

(¹) N. del T. se han respetado ciertos términos principalmente neologismos, que el autor utiliza, para no perder el sentido de lo expresado y porque son habitualmente utilizados en lenguaje académico en la lengua italiana.

(²) Sobre Kuhn y el debate entre sociólogos italianos cfr. también el número monográfico con el título: *Sociologia e ricerca sociale*, a. XVIII, nº. 53-54, 1997, titulado: "T.S. Kuhn: come mutano le idee nella scienza".

(³) Véase en concreto los capítulos I y II dedicados por Lepenies, 1987, a Comte, a Durkheim y a la Nouvelle Sorbonne.

(⁴) «El modo de descripción de la sociología, en el fondo, hace siempre referencia a categorías ya construidas o por construir, y debido a este trabajo de clasificación, pierde de vista los mil modos en que la realidad se dispone» (Turnaturi, 2003, p. 29).

(⁵) (La) «descripción sociológica es fiel a la realidad, pero subordinándose a conceptos teóricamente sensibles. Eso significa ante todo que la sociología no describe por amor o búsqueda del detalle, sino para enunciar así tipologías y conceptos, y, haciendo de su saber y conocer científico se sustrae a la tosca actualidad, "al hic et nunc", a la pura clasificación» (Op. cit. p. 25-26).

(⁶) Sobre la construcción de un cuestionario y la traducibilidad de las preguntas en códigos tratables a través de instrumentos y técnicas matemáticas cfr., Corbetta (1999) capítulo V,

(⁷) Más allá de la comprensión, en referencia también a la explicación causal, Max Weber, en su conocida definición de sociología subraya la necesidad de que el saber sociológico, no se base sólo en el proceso de Verstehen, sino que tendrá que alcanzar el objetivo de explicar adecuadamente las conexiones causales implícitas de la acción social: "... una ciencia que se propone comprender por interpretación la actividad social interpretándola, y a partir de ahí explicar causalmente su desarrollo y sus efectos" (Weber, 1999, p. 4).

(⁸) A este propósito véase el fragmento de G. Gusdorf, donde el autor, hablando de autobiografía como género literario, también hace afirmaciones útiles en el ámbito de otras formas -más limitadas y fragmentadas- del recuento del sí: Por tanto el resumen de la vivencia manifiesta en cierta medida una imagen simbólica, ya lejana y ciertamente incompleta, descrita desde una situación diferente (edad, conciencia), del sujeto, (Gusdorf, 1996, p. 10).

(⁹) Un ejemplo puede extraerse de narraciones del área de la conducta, mediante las cuales el actor narra intentando hacer una justificación ad hoc. En la investigación cualitativa en cuanto al comportamiento desviado, el investigador puede plausiblemente creer alcanzar la representación subjetiva de las circunstancias que ha inducido al sujeto a la desviación, ¿o no debe tratar de individualizar la lógica que preside a la articulación de los accounts subjetivos, siempre encaminados a justificar ex post el comportamiento? (Scout, Liman, 1971, pp.88-119)

(¹⁰) En este sentido, citar la posición de Thomas y Znaniecki: donde se defiende que una ciencia social nomotética es solamente posible si cada devenir social es considerado como producto de una continua inter-acción entre conciencia individual y realidad objetiva. Así, si se considera la personalidad humana como un factor de la evolución social, ésta puede constituir la base de la explicación causal de los acontecimientos sociales y el estudio de las personalidades humanas sirve en la determinación de leyes sociales (Thomas, Znaniecki, 1968, vol II, p. 531).

(¹¹) Sobre la aproximación al dato cualitativo Silverman dice que la más utilizada en el análisis de las entrevistas en profundidad es la de tratar las respuestas de los entrevistados como si describieran una realidad externa (por ejemplo hechos, acontecimientos) o una experiencia personal (por ejemplo sentimientos, significados). Por tanto se recogen confesiones que se presentan al lector en cuánto hechos nuevos observados por el individuo, referentes a la personalidad (Silverman, 2002, pp. 182-3).

(¹²) En este sentido, A. C. Zijderveld argumenta que los tipos científicos se basan en tipos de sentido común de la realidad cotidiana; la diferencia esencial es que los primeros se generan desde el punto de vista lógico y racional, y los segundos no son en ningún sentido científicos, y son guiados por intereses personales (Zijderveld, 1972, p. 182).

(¹³) Para una visión articulada de las posiciones adoptadas por los estudiosos en relación al postulado de idoneidad cfr. Mazzetto (1997, p. 144 y ss.).

(¹⁴) Afirmaciones similares se encuentran en R. Bernsteins (1976, p. 164) donde, desde una perspectiva diferente, unida a la teoría crítica, al proceso de reconstrucción y a la falsa conciencia, el autor subraya como existen mecanismos complejos de defensa, resistencia y de autoengaño que pueden hacer incomprensible por los sujetos, descripciones muy detalladas sociológicamente, de su acción.